

## Razones para olvidar

*Grupovenus.com, informes astrológicos online: por favor, ingrese sus datos de nacimiento. 29/07/1985, 10:33 AM, Buenos Aires, Argentina. En una vida precedente usted pudo haber hecho uso y abuso de la comunicación, tanto intentando beneficiarse a expensa de otros como utilizando su influencia personal en los medios para causar daño.* Leí detenidamente en busca de alguna explicación detallada, un nombre, un país, algo. Pero nada. Por más que intente, no puedo recordar si en otra vida fui un telégrafo, un paparazzi o quizá —por favor no— un dictador que usó los medios para mantener a todo un país bajo control. Las opciones son infinitas, sin embargo ninguna me resulta más o menos cercana a mi vida actual: pude haber sido cientos de cosas antes de nacer. O pude no haber sido nada.

Existe, en la Astrología y en ciertas religiones, la llamada *memoria cósmica* o *kármica*: es la capacidad de recordar concientemente o a través de sueños nuestras vidas y experiencias pasadas. Unos pocos la pueden activar, los demás debemos conformarnos con descubrir ciertos rasgos personales heredados de existencias anteriores. Nuestros gustos y preferencias, nuestros miedos y fobias, nuestra buena o mala relación con ciertas personas, incluso esa sensación inexplicable de conocer a un extraño desde siempre, pueden ser vestigios de otras vidas. Es cuestión de creer o reventar. Elijamos, aunque sea por un rato, creer.

Tras leer el informe de Grupo Venus decidí llamar a Lily Süllos, astróloga y amiga de mi mamá hace años. Le pregunté si a través de mi carta natal podía saber algo acerca de mis otras vidas. Parece ser que siempre fui mujer (entonces queda descartada la hipótesis del dictador), varias veces viví en Francia y una vez, hace 300 años, fui asesinada muy joven por ir en contra de lo establecido. Toda una revolucionaria. ¡Y yo no me acuerdo de nada! Lily recuerda perfectamente sus vidas anteriores, pero preferiría no hacerlo; dice que soportar esos recuerdos no es fácil, implica muchísima fuerza de espíritu. Me explicó que es un error hablar de “otras vidas” como si le ocurrieran a *otra* persona de cuyos errores tenemos que hacernos cargo: no hay otras vidas, solamente existe *una vida* que abarca a todas las demás.

Decidí seguir investigando por mi cuenta. Descubrí que la reencarnación es uno de los conceptos centrales del hinduismo. Según esta religión, la vida es eterna: el alma viaja incesantemente por una rueda y el estado en que renace está determinado por su *karma*, es decir, por las buenas y malas acciones realizadas en anteriores encarnaciones. Las almas de los que hacen mal renacen en cuerpos inferiores como animales, insectos y árboles, o incluso en otros planetas, peores que este.

Supongamos que siempre nacemos como seres humanos en algún rincón de la Tierra. Hoy soy mujer en Argentina, ayer fui mujer en Francia, mañana quizá seré parte de una tribu africana. O presidente de algún país. ¿Recordaré algo de lo vivido antes? En esta vida

no lo recuerdo, por lo que no tengo motivos para pensar que en la próxima vida sí lo haré. Y si me acordara con lujo de detalles de todo lo que hice y dejé de hacer, ¿me serviría de algo? ¿No sería una constante tortura cargar con remordimiento o tristeza por actos que ya no pueden ser modificados? *En una vida precedente usted pudo haber hecho uso y abuso de la comunicación...* ¡¿Qué hice?! ¡Quiero arreglarlo! Imposible, usted está en el siglo XXI y eso fue hace mucho tiempo. Olvídelo. Hoy es hoy y tenemos otras cosas por las cuales preocuparnos.

Sin embargo, hay algo que me hace seguir pensando en esta supuesta rueda kármica por la que nos movemos; me reconforta creer que no se vive por única vez y que todo lo que va, vuelve. Pero es difícil compartir un pensamiento así con un occidental posmoderno, y ahí es cuando me pregunto por qué nací en América y no, por ejemplo, en Asia. Es muy difícil que un occidental relacione una pérdida o un fracaso con una mala acción realizada mil años atrás. En la India, en cambio, más de 600 millones de personas aceptan esto como una verdad incuestionable. ¿Acaso ellos son menos inteligentes o menos avanzados? No, son tan humanos como nosotros, y por algo a ellos se les ha dado la capacidad de recordar y a nosotros no.

Más allá de que creamos en la reencarnación o no, hay una verdad que une a toda la humanidad: la vida (ya sea entendida como una o como miles) es una continua sucesión de ciclos. Así como en la naturaleza la primavera precede al invierno (y nunca podrá ser de otra manera) y las semillas se convierten en plantas, en la vida humana también se cumplen períodos. Las relaciones comienzan, culminan y en algún momento finalizan; el hombre nace, crece y muere; los imperios surgen y caen; los criminales son castigados y los logros son reconocidos. Como bien decían los Cadillacs: “Tarde o temprano nos llega la cuenta de todo lo que hacemos”. Para aquellos que creen en la rueda kármica, esta cuenta es abonada en otro tiempo y espacio. Para los que no, en esta vida. Pero siempre se paga.

Si hoy no puedo recordar todo lo que me pasó en otro tiempo es por alguna razón. Es mejor olvidar y dejar que lo aprendido en cada existencia quede dentro nuestro en forma de experiencia. Es mejor olvidar para desprenderse de los prejuicios que nos inculca cada sociedad, para abrir la mente y tolerar al que quizá ayer fue mi enemigo y hoy es mi hermano. Es mejor olvidar, porque de nada sirve atarse a un pasado al que jamás se podrá volver. Es mejor olvidar para no perder la capacidad de asombrarnos ante cada cosa nueva que vivimos. Es mejor olvidar, pero siempre mantener la certeza de que todo ocurre por algo. Nuestro presente es consecuencia de nuestro pasado (cercano o remoto), nuestras acciones moldean nuestro futuro (este o el próximo). Nuestra misión es aprender de nuestros errores para enmendarlos y no volver a cometerlos. El tiempo que nos lleve dependerá de cada uno.